

KIPLING  
SALVATOR  
ROSA  
Christie  
Lang  
PIAF  
Le Corbusier  
Lovercraft

**GBH**

GOLDEN BOOK HOTELS

**2015**



Quien ha tenido el placer de vivir unas vacaciones en la agradable compañía de un buen libro, conoce la maravillosa magia de perderse entre los confines de la experiencia vivida en primera persona y aquélla que imaginamos gracias a la lectura.

Recordar las vacaciones, en estos casos, quiere decir automáticamente, trasladar la mente al libro que le ha dado un alma. De hecho, una lectura fascinante llena de sabiduría nos hace más sensibles, reflexivos y dispuestos a saborear hasta el fondo cada detalle de nuestra permanencia fuera de casa: el viaje, de este modo, se transforma en un viaje interior.

Golden Book Hotels agrupa un seleccionado grupo de haciendas turísticas que han decidido ligar su imagen al gesto elegante de regalar un libro a sus propios huéspedes. Se trata de hoteles y casas rurales que comparten el principio del Turismo como Cultura; cuyo trato peculiar es expresión de su sentido de hospitalidad.

[www.goldenbookhotels.it](http://www.goldenbookhotels.it)



Facebook



Twitter



Pinterest

2015

KIPLING

Mi verdadera historia de fantasmas ~ 5

SALVATOR ROSA

Christie

La huella del pulgar de san Pedro ~ 29

PIAF

*Le Corbusier*

Lang

Lovecraft

La música de Erich Zann ~ 63

# KIPLING

**RUDYARD KIPLING**

Bombay, 1865 - Londres, 1936

*Nació el 30 de diciembre de 1865 en Bombay (India). Cuando tan sólo tenía 6 años, fue enviado a estudiar a Inglaterra. Permaneció cinco años en un hogar social de Southsea, experiencia que describe en su relato La oveja negra. En el año 1882 regresó a la India, momento en que comenzó a trabajar para la "Civil and Military Gazette" de Lahore hasta 1889, en calidad de editor y escritor de relatos. Algún tiempo después publicó Cancioncillas del departamento (1886), una serie de versos satíricos sobre la vida civil y militar en los cuarteles de la India colonial, además de una colección de sus relatos escritos para la prensa recopilados en Cuentos de las colinas (1887). Su fama literaria se la debe a seis historias sobre la vida de los ingleses en la India, publicadas entre 1888 y 1889.*

*Entre sus novelas o relatos largos más populares figuran La luz que se apaga (1891), El Libro de la Selva (1894), El Segundo Libro de la Selva (1895), Capitanes intrépidos (1897), Stalky & Cía. (1899), basada en sus experiencias infantiles en el United Services College, y Kim de la India (1901), un relato picaresco de la vida en la India. Viajó por Asia y Estados Unidos, donde se casó el 18 de enero de 1892 con Caroline Balestier y vivió durante un breve periodo en Vermont. En 1903, se estableció en Inglaterra. En 1907 le concedieron el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose en el primer autor inglés merecedor de este galardón. Fue iniciado en masonería a los veinte años en Lahore, dedicó su vida y sus escritos a profundizar en la condición de Hombre, y su devenir existencial. Falleció el 18 de enero de 1936 en Londres.*

150°

# Mi verdadera historia de fantasmas

DE EL PHANTOM RICKSHAW  
Y OTRAS HISTORIAS DE FANTASMAS (1888)

En esta tierra existen fantasmas que adoptan la apariencia de cadáveres gordos, fríos y descompuestos, que se esconden en los árboles, al borde del camino, hasta que pasa un viajero. Entonces se tiran al cuello y no hay forma de quitárselos de encima. Existen también fantasmas horribles de mujeres que han muerto al dar a luz. Éstos vagan sin rumbo por los caminos al anochecer, o se esconden en los campos de cultivo, cerca de las aldeas, y atraen a la gente con voces seductoras. Pero atender a sus demandas significa morir en este mundo y en el otro. Sus pies están vueltos hacia atrás, de manera que cualquier hombre en su sano juicio puede reconocerlos. Existen fantasmas de niños que han sido arrojados al fondo de un pozo. Éstos deambulan por los brocales de los pozos y los márgenes de las junglas, y lloran bajo las estrellas, o agarran a las mujeres de las muñecas y les suplican que les lleven en brazos. Tanto estos fantasmas como los que adoptan apariencia de cadáveres son, sin embargo,

patrimonio indígena y no atacan a los Sahibs. Hasta la fecha no hay ningún informe comprobado sobre un inglés asustado por un fantasma indígena; por el contrario, muchos fantasmas ingleses han dado un susto de muerte tanto a blancos como a negros.

Casi todas las estaciones de la India poseen un fantasma. Se dice que hay dos en Simla, sin contar a la mujer que acciona los fuelles en el *dâk-bungalow*<sup>[1]</sup> de Syree, en el Camino Viejo; Mussoorie tiene una casa encantada por una Cosa un tanto escandalosa; se supone que una Dama Blanca hace la guardia nocturna en los alrededores de una casa de Lahore; en Dalhousie se dice que una de sus casas «repite» en las noches de otoño los horribles detalles de la caída de un caballo por un precipicio; Murree tiene un fantasma muy alegre, y, ahora que la población ha sido diezmada por una epidemia de cólera, habrá espacio de sobra para un fantasma triste; en Mian Mir hay una Residencia de Oficiales cuyas puertas se abren sin razón aparente, y se asegura que los muebles chirrían, no a causa del calor de junio, sino por el peso de Seres Invisibles que van a matar el tiempo en sus cómodos sillones; Peshawar posee casas que nadie se atreve a alquilar; y hay algo anormal –algo que no tiene nada que ver con la fiebre– en un gran bungalow de Allahabad. Las Provincias antiguas están sencillamente atestadas de casas encantadas, y a lo largo y ancho de los caminos principales desfila un ejército de espectros.

[1] Posadas oficiales donde se alojaban los funcionarios y civiles británicos.

## MI VERDADERA HISTORIA DE FANTASMAS

Algunos *dâk-bungalows* del Gran Camino están situados cerca de pequeños cementerios –mudos testigos de los cambios y azares de esta vida mortal–, que datan de los tiempos en que la gente viajaba en coche desde Calcuta al Noroeste. Es desagradable instalarse en esos bungalows. Por regla general son muy viejos y están invariablemente sucios, aparte de que el *khansamah*<sup>[2]</sup> es tan viejo como el propio bungalow. A menudo desvarían en tono senil, o caen en prolongados estados de trance propios de la edad. Tanto en un caso como en otro, son inútiles. Y si uno se enfada, empezará a contarte historias acerca de algún Sahib muerto y enterrado en los últimos treinta años, y asegurará que cuando estaba al servicio de dicho Sahib no había un solo *khansamah* en la Provincia que pudiera compararse a él. Después se pondrá a divagar de forma ininteligible, a hacer muecas, a temblar, a pasearse nerviosamente entre los platos, y uno terminará por arrepentirse de haberse enfadado.

En estos *dâk-bungalows* es más probable tropezarse con fantasmas, y, en caso de que se encuentren, sería aconsejable tomar buena nota. No hace mucho tiempo, mis ocupaciones personales me obligaron a alojarme en *dâk-bungalows*. Nunca pasaba tres noches seguidas en la misma posada, así que terminé siendo un erudito en la materia. Viví en casas construidas por el gobierno, con paredes de ladrillo rojo, techos de cañizo, un inventario de los muebles en cada habitación y

[2] Cocinero.

una cobra entusiasmada en el umbral, preparada para darte la bienvenida. Viví en posadas «habilitadas» – viejas casas convertidas en *dâk-bungalows*– donde la última inscripción en el libro de huéspedes estaba fechada quince meses atrás y se cortaba la cabeza del cabrito con una espada. Tuve la fortuna de tropezar con toda clase de hombres, desde sobrios misioneros ambulantes y desertores de los regimientos británicos hasta vagabundos que arrojaban las botellas de whisky a los transeúntes; y aún tuve mayor fortuna al escaparme por los pelos de un caso de maternidad. Si tenemos en cuenta que una parte considerable de las tragedias de nuestras vidas en la India suceden en los *dâk-bungalows*, me resultaba sorprendente que no me hubiera tropezado con ningún fantasma. Un fantasma que eligiera voluntariamente rondar por un *dâk-bungalow* tenía que estar, a la fuerza, mal de la cabeza; pero son tantos los hombres que se han vuelto locos en *dâk-bungalow* que parece posible que haya un alto porcentaje de fantasmas lunáticos.

A su debido tiempo me encontré por fin con mi fantasma, o mejor dicho, con mis fantasmas, porque fueron dos.

Llamaremos al bungalow de Katmal *dâk-bungalow*. Pero esto es lo menos horroroso de mi relato. Una persona de piel sensible debe evitar dormir en *dâk-bungalows*. Debería casarse. El *dâk-bungalow* de Katmal estaba viejo, podrido, y necesitaba reparaciones urgentes. Los baldosines del suelo estaban desgastados, las paredes cubiertas de inmundicias y las ventanas

ennegrecidas de mugre. Se levantaba en un camino secundario, muy frecuentado por asistentes indígenas de subsecretarios de toda clase, desde hacienda a forestales; pero los verdaderos Sahibs eran raros. El *khansamah*, que estaba completamente doblado por los años, así lo afirmaba.

Cuando llegué a aquel lugar, una lluvia caprichosa e indecisa caía sobre la faz de la tierra, acompañada por un viento turbulento, y cada ráfaga que golpeaba las palmeras del exterior producía un sonido similar al de una carraca de huesos secos. El *khansamah* perdió la cabeza con mi llegada. Había servido a un Sahib en el pasado. ¿Conocía yo a aquel Sahib? Me dio el nombre de una persona muy conocida, que llevaba muerta y enterrada más de un cuarto de siglo, y me enseñó un viejo daguerrotipo de aquel hombre en su prehistórica juventud. Yo había visto un grabado de dicho personaje entre las páginas de un volumen doble de memorias apenas un mes antes, y me sentí indescribiblemente viejo.

El cielo se cerraba y el *khansamah* fue a prepararme la cena. No empleó la rebuscada palabra *khana*: alimentos para consumo humano. Empleó *ratub*, y eso significa, entre otras cosas, «bazofia»: raciones de perro. No había elegido el término para insultarme. Sencillamente había olvidado la otra palabra, supongo.

Una vez explorado el *dâk-bungalow*, me acomodé en un sillón mientras el *khansamah* se dedicaba a despedazar cadáveres de animales. Había tres dormitorios, además del mío, que era un miserable cuchitril situa-

do en una esquina, y cada uno de ellos comunicaba con los otros por medio de una mugrienta puerta de color blanco, atrancada con largas barras de hierro. El bungalow era bastante sólido, pero los tabiques de las paredes eran de pacotilla. Cada paso o golpe de baúl producía ecos que se expandían desde mi habitación a las otras, y cada pisada regresaba a mis oídos con un tono trémulo, tras atravesar las paredes distantes. Por ese motivo cerré la puerta. No había lámparas, sólo velas dentro de largas pantallas de vidrio. En el baño había un pabilo.

Por su abandono, por su estado de pura miseria, aquel *dâk-bungalow* era el peor de los muchos en los que yo había plantado los pies. No tenía chimenea, y las ventanas se negaban a cerrarse, de modo que un brasero de carbón habría resultado inútil. La lluvia y el viento salpicaban, gorgoteaban y gemían alrededor de la casa, y las palmeras vibraban y rugían. Media docena de chacales aullaban por las proximidades, y una hiena se reía de ellos a cierta distancia. Una hiena podría convencer a un saduceo de la Resurrección de los Muertos... de los muertos de la peor calaña. En ese momento llegó el *ratub* -una curiosa mezclanza, mitad indígena mitad inglesa- acompañada por el viejo *khansamah*, que murmuraba detrás de mi asiento un sinfín de bobadas acerca de ingleses muertos y enterrados, mientras las candelas, agitadas por el viento, jugaban a hacer sombras con la cama y las gasas del mosquitero. Era esa clase de comida, esa clase de noche, que hacen que un hombre se acuerde de cada uno

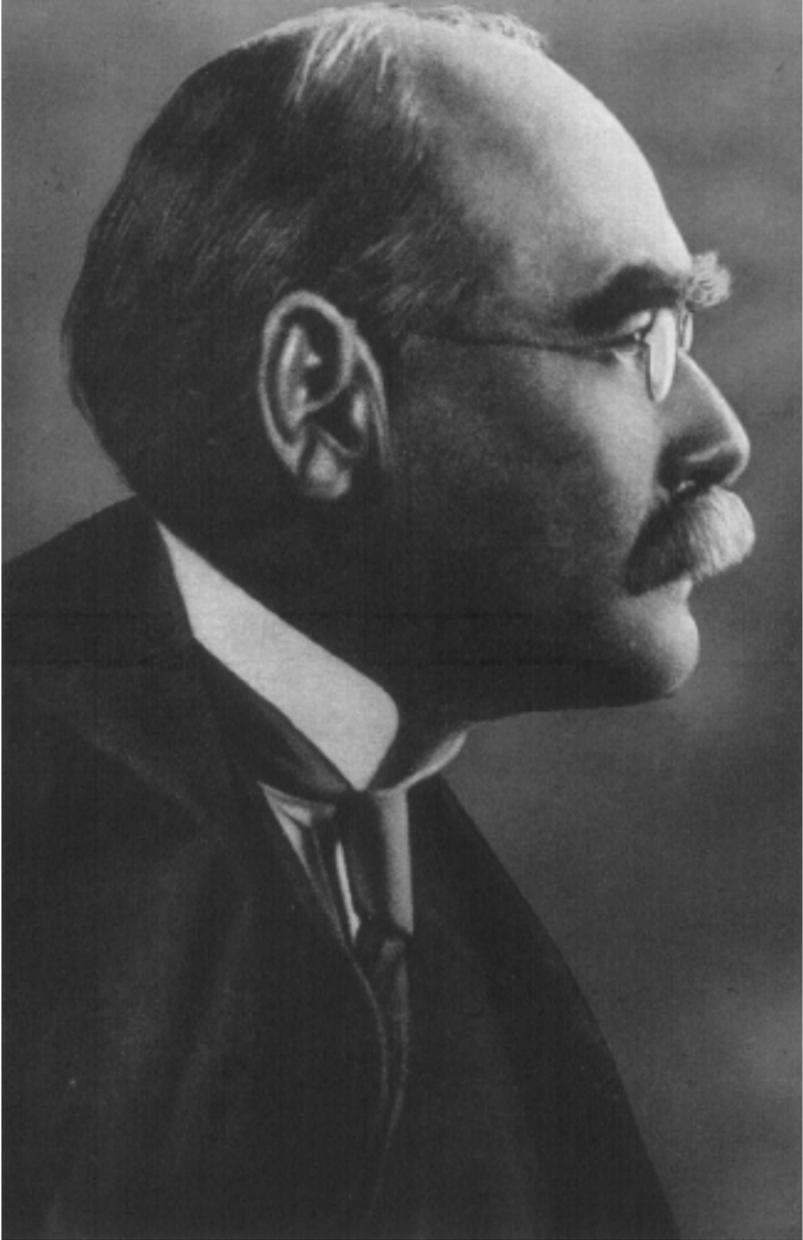
de sus pecados pasados, y de todos los que desearía cometer si siguiera vivo.

Dormir, por centenares motivos, no resultaba fácil. La lámpara del baño proyectaba en la habitación las sombras más absurdas, y el viento susurraba cosas sin sentido.

Justo cuando los motivos se empezaban a adormecer con las picaduras de los chupadores de sangre, escuché en el recinto del bungalow el habitual gruñido: «Cojámoslo y arriba», propio de los porteadores de *doolies*<sup>[3]</sup>. Primero llegó un *doolie*, después otro, y finalmente un tercero. Escuché el ruido que hacían los *doolies* al posarse en el suelo, seguido por el movimiento del cerrojo de la puerta de enfrente. «Alguien intenta entrar», pensé. Pero nadie dijo una palabra y me convencí a mí mismo de que no había sido más que una ráfaga de viento. Entonces, el cerrojo del dormitorio de al lado se agitó, se descorrió y la puerta se abrió. «Será algún asistente de subsecretario –me dije–, y ha traído a sus amigos. Ahora se pasarán una hora hablando, escupiendo y fumando.» Pero no se oyeron voces, ni pasos. Nadie dejó su equipaje en el dormitorio contiguo. La puerta se cerró y yo agradecí a la Providencia por restituirme la paz. Pero sentía curiosidad por saber adónde habían ido a parar los *doolies*. Me levanté de la cama para escrutar la oscuridad. No había la menor señal de *doolies*. Justo cuando iba a volverme a la cama, escuché en el dormitorio de al lado

[3] Litera rústica de las montañas, transportada por indígenas.

# KIPLING



un sonido de una bola de billar deslizándose a lo largo del tapete cuando el que ha golpeado la bola está preparándose para sacar. Ningún otro ruido se parece a ése. Un minuto después se produjo el mismo sonido, y me metí en la cama. No estaba asustado... ciertamente, no lo estaba. Sentía una curiosidad creciente por saber qué había pasado con los doolies. Esta curiosidad me impulsó a saltar de la cama.

Un minuto después escuché los dos golpes secos de una carambola, y los pelos se me pusieron de punta. No es exacto decir que los pelos se ponen de punta. La piel de la cabeza se pone tensa y se siente un escozor vago y punzante por todo el cuero cabelludo. Eso es lo que significa exactamente que «los pelos se ponen de punta».

Se escuchó de nuevo el deslizamiento, seguido de un golpe seco, y ambos sonidos sólo podían haber sido producidos por una cosa: una bola de billar. Discutí conmigo mismo los pormenores de la situación, y cuanto más los discutía menos probable me parecía que una cama, una mesa y dos sillas –a eso se reducía el mobiliario del dormitorio de al lado– pudieran reproducir los sonidos de una partida de billar. Cuando se produjo la siguiente carambola, dejé de discutir. Me había encontrado con mi fantasma, y habría dado cualquier cosa por escapar de aquel *dâk-bungalow*. Seguí escuchando, y a medida que escuchaba, me parecía más evidente que se trataba de una partida. El deslizamiento de las bolas y los golpes secos se sucedían con ritmo monótono. A veces se producía un doble

golpe, luego un deslizamiento, y a continuación otro golpe. Sin lugar a dudas, había gente jugando al billar en el cuarto de al lado. ¡Y el cuarto de al lado no era lo bastante grande para albergar una mesa de billar! Seguí escuchando el desarrollo de la partida en los intervalos que dejaban las ráfagas de viento, golpe tras golpe. Intenté convencerme de que no se escuchaban voces; en vano.

¿Saben ustedes lo que es el miedo? No me refiero al miedo ordinario a una ofensa, al dolor o la muerte, sino al miedo abyecto, al estremecimiento de terror provocado por algo que no se puede ver, al miedo que seca el interior de la boca y la mitad de la garganta, al miedo que hace sudar las palmas de las manos y tragar saliva para que no se paralice la campanilla. Eso es el puro Miedo: una enorme cobardía, y hay que sentirlo para saber lo que es realmente. La imposibilidad de una partida de billar en un *dâk-bungalow* me confirmaba la autenticidad del extraño fenómeno. Ningún hombre -borracho o sobrio- puede imaginarse una partida de billar, o inventarse el golpe seco y preciso de una carambola.

Un riguroso cursillo de *dâk-bungalows* tiene la siguiente desventaja: fomenta una infinita credulidad. Si un hombre le dice a un inveterado huésped de *dâk-bungalows*. «Hay un cadáver en el cuarto de al lado y una mujer ha enloquecido en el de más allá, y, además, el hombre y la mujer que van en aquel camello son amantes y se acaban de fugar de un lugar situado a sesenta millas de aquí», el inveterado huésped se lo

tragará todo, porque sabe muy bien que nada es tan extraño, grotesco u horrible, que no pueda suceder en un *dâk-bungalow*.

Esta credulidad, por desgracia, se extiende a los fantasmas. Una persona racional, recién llegada a esta tierra, se habría vuelto y se habría dormido. Yo no lo hice. Estoy tan seguro de que la multitud de bichos que pululaban por la cama me consideraba un cadáver inmundo al que no valía la pena seguir picando, pues todo el torrente sanguíneo se me había concentrado en el corazón, como lo estoy de que escuché cada golpe de una larga partida de billar que se desarrolló en el dormitorio contiguo al mío, cuya puerta estaba atrancada con una pesada barra de hierro. El miedo que me obsesionaba consistía en pensar que los jugadores quisieran un árbitro. Era un miedo absurdo, claro está, porque unos seres capaces de jugar en la oscuridad deben estar por encima de cosas tan superfluas. Sólo sé que ése era el terror que me obsesionaba; y era real.

Al cabo de un largo rato, el juego concluyó y la puerta se cerró de golpe. Me dormí porque estaba muerto de cansancio. De otro modo, habría preferido mantenerme despierto. No hay nada en Asia que me hubiera inducido a descorrer la barra de la puerta y echar una mirada en la oscuridad del cuarto de al lado.

Cuando llegó la mañana, me dije que había obrado con sensatez y prudencia, y le pedí información al *khansamah* sobre los medios para salir de allí cuanto antes.

-A propósito, *khansamah* -dije-, ¿qué demonios pasó con los tres *doolies* que llegaron anoche?

-Aquí no llegó ningún *doolie* -dijo el *khansamah*.

Entré en el dormitorio de al lado. La luz del sol penetraba por la puerta abierta e inundaba el interior. Sentí un coraje inmenso. A esa hora me habría atrevido a jugar al Black Pool con el mismísimo propietario del gran salón de allá abajo.

-¿Este lugar ha sido siempre un *dâk-bungalow*? -pregunté.

-No -contestó el *khansamah*-. Hace diez o veinte años, ya no recuerdo cuántos, era un salón de billar.

-¿Un... qué?

-Un salón de billar para los Sahibs que construyeron el Ferrocarril. Yo era entonces *khansamah* en la gran casa donde vivían los Sahibs del Ferrocarril, y solía venir aquí a servirles un brandy. Estos tres dormitorios formaban el salón, y había una mesa grande donde jugaban los Sahibs todas las noches. Pero ahora los Sahibs están muertos y el Ferrocarril, usted ya lo sabe, llega casi hasta Kabul.

-¿Recuerdas alguna cosa referente a los Sahibs?

-Ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo que uno de los Sahibs, un hombre gordo, que se pasaba el día enfadado, estaba jugando aquí una noche y me dijo: «Mangal Khan, brandy.» Yo llené el vaso, y el Sahib se inclinó sobre la mesa para golpear la bola... y entonces su cabeza fue bajando y bajando hasta chocar con la mesa, y se le cayeron las gafas. Y cuando nosotros -los Sahibs y yo- corrimos a levantarle, estaba muerto. Yo

les ayudé a sacarlo. ¡Era un Sahib muy fuerte! Pero ahora está muerto, y yo, el viejo Mangal Khan, estoy vivo todavía, para servir al Sahib.

¡Aquello fue más que suficiente! Tenía por fin mi fantasma... un fantasma de primera mano, un fantasma auténtico. Escribiría a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas... ¡paralizaría el Imperio con la noticia! Pero, antes que nada, pondría ochenta millas de tierra de cultivo entre mi persona y aquel *dāk-bungalow* antes de que cayera la noche. La Sociedad podía enviar a su agente habitual para que investigara el caso un poco más tarde.

Entré en mi dormitorio, tomé buena nota de los hechos y preparé mi equipaje. Mientras fumaba, volví a escuchar el sonido del juego, pero esta vez con una pérdida considerable, pues el recorrido de la bola era más corto.

La puerta estaba abierta y era posible ver el interior del dormitorio. ¡Cloc-cloc! Una carambola. Entré sin miedo, pues la luz del sol bañaba el cuarto y soplaban una ligera brisa. El juego invisible continuaba con una tremenda animación. Y no era extraño: una inquieta rata corría de un lado a otro por el interior de la mugrienta tela del techo y un trozo desprendido del marco de la ventana golpeaba a un ritmo constante el alféizar, agitado por la brisa.

¡Imposible confundir el sonido de las bolas de billar!  
¡Imposible confundir el sonido que hace una bola de billar al deslizarse por el tapete! Al menos tenía una excusa. Cerré los ojos. El ruido era sorprendentemen-

te similar al de una partida de billar.

En ese instante entró en el cuarto, muy enfadado, mi fiel compañero de penas, Kadir Baksh.

-¡Este bungalow es inmundo, y de la peor casta! No me extraña que su Presencia haya sido molestado y esté lleno de picaduras. Tres grupos de porteadores de *doolies* llegaron al bungalow ya muy entrada la noche, mientras yo dormía fuera, ¡y dijeron que tenían la costumbre de dormir en las habitaciones reservadas para los ingleses! ¿Acaso no tiene honor este *khansamah*? Intentaron entrar, pero yo les dije que se fueran. No me extraña, si es que esos *Oorias*<sup>[4]</sup> han estado aquí, que su Presencia haya sufrido grandes molestias. ¡Es una vergüenza, un comportamiento propio de hombres sin decencia!

Lo que no dijo Kadir Baksh es que había cobrado por anticipado a cada grupo de porteadores dos *annas* de alquiler, y que luego, cuando se encontraban fuera del alcance de mi oído, les había propinado una tunda con el enorme paraguas verde, cuya utilidad yo no había sospechado hasta entonces. Pero Kadir Baksh no tenía nociones de moralidad.

Tuve una entrevista con el *khansamah*, pero enseguida se le fue la cabeza. Mi cólera se convirtió en lástima, y la lástima dio paso a una larga conversación, en el curso de la cual el viejo situó la trágica muerte del gordo Sahib ingeniero en tres estaciones diferentes... dos de ellas a cincuenta millas de distancia. El tercer lugar

[4] Casta agrícola de Orissa.

## MI VERDADERA HISTORIA DE FANTASMAS

era Calcuta, y allí el Sahib murió mientras conducía un *dog-cart*.

Si hubiera animado un poco más al *khansamah*, habría recorrido toda Bengala con su cadáver.

No me fui tan pronto como había previsto. Me quedé a pasar la noche, mientras el viento, la rata, el marco y el alféizar jugaban una partida verdaderamente reñida, con una tediosa repetición de golpes. Luego el viento cesó y la partida de billar concluyó. Comprendí que mi genuina y verdadera historia de fantasmas había quedado completamente arruinada.

Si hubiera suspendido las investigaciones en el momento oportuno, podría haber redactado *algo* interesante.

¡Esto era lo que más me amargaba!





## SALVATOR ROSA

Nápoles, 1615 - Roma, 1673

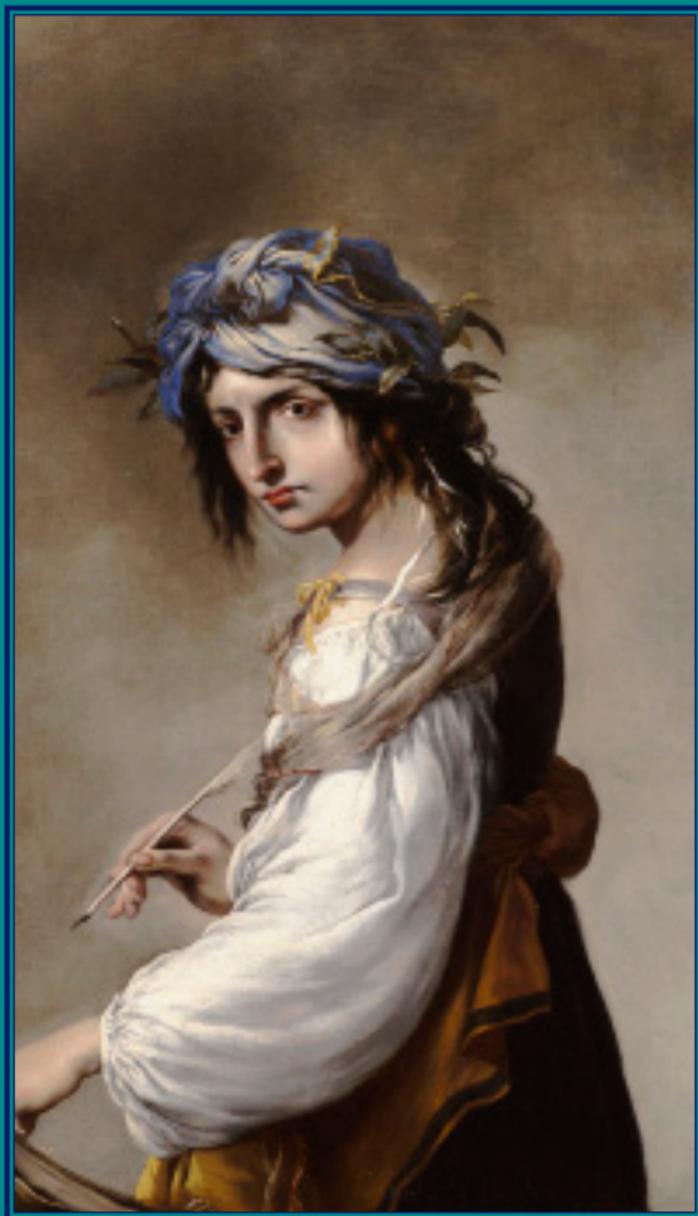
*Nació en Arenella, en las afueras de Nápoles. Su padre lo ingresó en el convento de los padres Somascos. Salvator prefería las artes, y en secreto trabajó con su tío materno aprendiendo a pintar. Frecuentó el taller de Ribera y la escuela de Aniello Falcone, quien le inició en la pintura de batallas y paisajes. En ese taller su obra llamó la atención de Lanfranco, y le aconsejó que se reubicara en Roma, donde estuvo entre 1634 y 1636. Enfermó de malaria y regresó a Nápoles. Allí comenzó a pintar paisajes de caza, con una exuberante vegetación, o playas, montañas y cuevas: fue uno de los primeros que pintó paisajes «románticos». Volvió a Roma en 1638-39, donde se alojó con el cardenal Francesco Maria Brancaccio, obispo de Viterbo. Para la Chiesa Santa Maria della Morte en Viterbo, Rosa pintó un retablo con una Incredulidad de santo Tomás.*

*Rosa cultivó una amplia variedad de artes: música, poesía, escritura, aguafuerte, e interpretación como actor. A finales del año 1639, tuvo que trasladarse a Florencia. Allí estuvo 8 años y perfeccionó el género de los paisajes fantásticos, lugares tenebrosos y escenas de brujería o bandoleros. En 1646 volvió a Nápoles, y parece que simpatizó con la insurrección de Masaniello. De regreso a Roma (1649), realizó un tipo de pintura influido por Nicolas Poussin. Entre las pinturas de sus últimos años está una admirable Pieza de batalla y Saúl y la bruja de Endor actualmente en el Louvre, pintado en 40 días. Mientras se dedicaba a una serie de retratos satíricos, sufrió un edema. Murió medio año después. En sus últimos momentos se casó con una florentina llamada Lucrezia.*



*Salvator Rosa ~ Autorretrato*

# SALVATOR ROSA



## *Personificación de la Poesía*

(1641 ~ OLEO SOBRE LIENZO, MUSEO DE ARTE, HARTFORD)

# SALVATOR ROSA



## *Astrea deja a los pastores*

(1645) ~ OLEO SOBRE LIENZO, KUNSTHISTORISCHES M., VIENA)

# SALVATOR ROSA



## *Filosofía*

(1645 ~ OLEO SOBRE LIENZO, NATIONAL GALLERY, LONDRES)

# SALVATOR ROSA



## *Pieza de batalla*

(1646 ~ OLEO SOBRE LIENZO, COLECCIÓN PARTICULAR)

# SALVATOR ROSA



## *Humana Fragilitas*

(1656 ~ OLEO SOBRE LIENZO, FITZWILLIAM MUSEUM, CAMBRIDGE)

# SALVATOR ROSA



*Saúl y la bruja de Endor* >>

(1668 ~ OLEO SOBRE LIENZO, MUSEO DEL LOUVRE, PARÍS)

## AGATHA CHRISTIE

Torquay, 1890 - Wallingford, 1976

*Agatha Mary Clarissa Miller fue el fruto del matrimonio entre Frederick Alvoah Miller, un corredor de bolsa estadounidense, y de Clara Boehmer, hija de un capitán de la Armada británica. Fue la menor de tres hermanos. Su padre falleció cuando ella tenía 11 años y su madre le dio clases en casa, animándola a escribir desde muy joven. Se casó en primeras nupcias en 1916 con Archibald Christie, del cual se divorció en 1928, pero después de este matrimonio se la conoció mundialmente como la escritora de novelas y cuentos policiales y detectivescos, con el nombre de Agatha Christie. En 1961 fue nombrada miembro de la Real Sociedad de Literatura. En 1971 se le concedió el título de Dama del Imperio Británico. Murió de causas naturales el 12 de enero de 1976, en Winterbrook House, cerca de Wallingford, Oxfordshire. Está enterrada en el cementerio de la iglesia de St. Mary, en Cholsey.*

*Sus obras se caracterizan por sus desenlaces inesperados. Hay personajes de su creación que han sido muy conocidos por sus lectores y seguidores: Hércules Poirot y Miss Marple. Entre sus títulos más populares se encuentran Asesinato en el Orient-Express (1934), Muerte en el Nilo (1937) y **Diez negritos** (1939), aunque su mejor obra sea quizá una de las primeras, El asesinato de Roger Ackroyd (1926). En su última novela, Telón (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años. Además de ser escritora detectivesca, Agatha Christie escribió 6 novelas románticas bajo el pseudónimo Mary Westmacott, algunas obras teatrales y un libro de poemas.*

# La huella del pulgar de san Pedro

DE MISS MARPLE Y TRECE PROBLEMAS (1933)

-Ahora, tía Jane, te toca a ti -dijo Raymond West.

-Sí, tía Jane, esperamos algo verdaderamente sabroso

-exclamó en tono festivo Joyce Lemprière.

-Vamos, vamos, no se burlen de mí, queridos -replicó la señorita Marple plácidamente-. Creen que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo probablemente no he tenido ninguna experiencia interesante.

-Dios no permita que considere la vida de un pueblo como apacible y monótona -replicó Raymond acaloradamente-. ¡Nunca más después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo cosmopolita parece tranquilo y pacífico comparado con St. Mary Mead.

-Bueno, querido -dijo la señorita Marple-, la naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro está, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca.

-Es usted realmente única, tía Jane -exclamó Joyce-.

Espero que no le importará que la llame tía Jane –agregó–. No sé por qué lo hago.

–¿Seguro que no, querida? –replicó la señorita Marple. Y la contempló con una mirada tan burlona por unos instantes, que las mejillas de la muchacha se arrebolaran. Raymond carraspeó para aclararse la garganta de un modo algo embarazoso.

La señorita Marple volvió a contemplarlos sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su labor de punto.

–Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que han ido surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contárselos, ya que son cosas de poca importancia y no les interesarían, como por ejemplo: “¿Quién cortó las mallas de la bolsa de la señora Jones?” y “¿Por qué la señora Simons sólo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?” Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo. Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna, todo acabó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy mala, afortunadamente.

La señorita Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

–Tengo que contar esta vuelta. El menguado es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego se

menguan tres. Eso es. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel. Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable, sólo que lo que podríamos decir un poco tonta. Le gusta armar un drama por cualquier cosa, siempre que se enfada, y dice muchas más cosas de las que piensa. Se casó con un tal señor Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse, ya que el tal señor Denman parecía un hombre de temperamento violento y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel. Y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan obstinadas como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él.

“Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces y me invitaron a la suya en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me gusta mucho estar en casas ajenas y siempre me las arreglé para excusarme. Llevaban diez años casados cuando el señor Denman falleció repentinamente. No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a hacerle compañía si me necesitaba, pero me contestó con una carta muy sensata y yo imaginé que no estaba demasiado abatida por la pena. Lo juzgué natural sabiendo que desde hacía algún tiempo hacían vidas separadas. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de lo más histérica de

mi sobrina, en la que me pedía que acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería capaz de soportarlo por mucho más tiempo.

“Así que, por supuesto, recogí mis cosas, llevé la vajilla de plata al banco y acudí en seguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, doncella, así como una enfermera que cuidaba del anciano señor Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice “un poco mal de la cabeza”. Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia.

“Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojito de nervios y me resultó difícil que me contara el problema. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Ante mi sorpresa, me respondió que apenas los veía ya. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

“-No es cosa mía, sino suya. Ahora no hay una sola persona aquí que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por High Street todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de leprosa. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen que hacerme abandonar

una casa como ésta? Yo no he hecho nada.

“Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana señora Hay y, en mi tribulación, dejé escapar unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después.

“-Mi querida Mabel -le dije-, me sorprendes. ¿Cuál es la causa de todo esto?

“Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdad. Sólo sabía hablar con vaguedad de las personas ociosas y maliciosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear y lanzar insidias a las mentes de los demás.

“-Lo veo muy claro -le dije-. Evidentemente debe de circular algún rumor referente a ti. Tú debes saber muy bien cuál es esa historia, de modo que vas a contármela.

“-¡Es algo tan malicioso! -gimió Mabel.

“-Claro que es malicioso -repliqué-. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti?

“Entonces salió todo.

“Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había suscitado varios rumores. En resumen, la gente pensaba que ella había envenenado a su esposo.

“Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que los rumores. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada hay que pueda uno rebatir o negar, y las habla-

AGATHA CHRISTIE



durías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa: Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a arruinarle la vida haciéndole insoponible la estancia en aquella casa sólo porque, con toda probabilidad, había hecho alguna estupidez.

“-No hay humo sin fuego -le dije-, Mabel. Ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a rumorear. Debió ser por algo.

“Mabel se mostró muy incoherente, declarando que no había sido por nada, por nada en absoluto, como no fuese, naturalmente, por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente y por la noche se puso muy enfermo. Naturalmente habían enviado a buscar al médico, pero el pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de su llegada. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido setas venenosas.

“-Bueno -le dije-, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin algunos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo?

“Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana anterior, a la hora del desayuno.

“-Supongo que la oirían los criados... -comenté.

“-No estaban en la habitación.

“-No, querida, pero probablemente estaban al otro lado de la puerta -le contesté.

“Yo sabía muy bien lo histérica que podía llegar a ponerse Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman

también era un hombre dado a elevar la voz cuando se enfadaba.

“-¿Por qué pelearon? -quise saber.

“-Oh, por las tonterías de siempre. Siempre ocurría lo mismo. Cualquiera cosa nos enzarzaba en una discusión. Geoffrey se ponía imposible y decía cosas abominables, y yo le contestaba a todo lo que pensaba de él.

“-Entonces, ¿discutían a menudo? -pregunté.

“-No era culpa mía.

“-Mi querida niña -le dije-, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como éste, los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estaban siempre discutiendo. Una mañana tienen una pelea mayor de lo normal y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

“-No sé qué quieres decir -afirmó Mabel apesadumbrada.

“-Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo sólo quiero ayudarte.

“-Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte -declaró Mabel con desesperación.

“-Ten un poco más de fe en la Providencia, querida -le dije-. Ahora sé perfectamente que hay algo más que tratas de ocultar.

“Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella misma mañana fue a la farmacia a comprar arsénico. Por supuesto firmó en el registro y,

naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

“-¿Quién es tu médico? -le pregunté.

“-El doctor Rawlinson.

“Yo lo conocía de vista. Mabel me lo había señalado el día anterior y era lo que vulgarmente se llama un viejo decrepito. Además, yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que le ocurre a uno. Yo no confío ni en los médicos ni en las medicinas.

“Después de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto, un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo. En cuanto mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, y me habló largo rato de las setas, las comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron “un poco extrañas”, pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba en ello desde aquél día, más convencida estaba de que su aspecto no era normal.

“-Y no es extraño -dije yo-. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que esa gente no recuerde si se esfuerza.

“Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando

llegó el doctor. No podía tragar y falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su testarudez.

“Me fui directa a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

“-Debiste hacerlo con algún propósito -le dije.

“Mabel se echó a llorar.

“-Quería suicidarme -gimió-. Me sentía tan desgraciada... y pensé que así terminaría todo.

“-¿Tienes aún el arsénico? -le pregunté.

“-No, lo tiré.

“Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema.

“-¿Qué ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó?

“-No -meneó la cabeza-. Hizo sonar el timbre con violencia. Debí llamar varias veces y al fin Dorothy, la doncella, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy lo vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verlo comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia Brewster, que cuida del anciano señor Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que se debía hacer. Mandé a Dorothy a buscar al médico, y la cocinera y yo nos quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación para encerrarme en ella.

“-Fuiste muy egoísta y cruel -le dije-, y no hay duda

de que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente, ya puedes estar segura. La cocinera lo habrá repetido por todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto.

“Luego hablé con el servicio. La cocinera quería contarme lo de las setas, pero la contuve: estaba harta de aquellas setas. En vez de eso, la interrogué detalladamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía agonizante, que apenas podía tragar, sólo hablaba con voz apagada y delirante, y que no dijo nada que tuviera sentido.

“-¿Qué dijo cuando deliraba? -pregunté con curiosidad.

“-Algo acerca de un pescado, ¿no? -dijo volviéndose a la otra.

“Dorothy asintió.

“-Un montón de pescado -dijo-, o alguna tontería por el estilo. En seguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza.

“No era posible sacar nada en claro de aquello. Como último recurso, fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años.

“-Es una lástima que no estuviera yo aquella noche -dijo-. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico.

“-Supongo que deliraba -dije pensativa-, pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por alimentos en mal estado, ¿o sí?

“-Eso depende -replicó Brewster.

“Le pregunté por el estado de su paciente.

“Meneó la cabeza.

“-Está bastante mal -replicó.

“-¿Débil?

“-Oh, no. Físicamente está bastante bien, aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero su mente se está perdiendo muy deprisa. Les dije al señor y a la señora Denman que debían internarlo en un sanatorio, pero la señora Denman no quiere oír hablar de ello siquiera.

“Debo decir que Mabel siempre ha tenido un corazón generoso.

“Bien, así estaban las cosas. Consideré cuidadosamente todos los aspectos y finalmente decidí que sólo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para exhumar el cadáver, practicarle la debida autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etc... pero yo me mantuve firme.

“No me alargaré en esta parte de mi historia. Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame eso, mas el resultado no fue lo satisfactorio que debiera haber sido. No se encontró el menor rastro de arsénico, cosa favorable, pero las palabras exactas del informe forense fueron “que no había nada que demostrase la causa de la muerte”.

“De modo que aquello no solucionó nada. La gente continuó hablando de venenos raros que no dejan ras-

tro y tonterías por el estilo. Yo visité al patólogo que efectuó la autopsia, al que hice varias preguntas, aunque se esforzó cuanto le fue posible para no responder a la mayoría de ellas. Pero logré sonsacarle que consideraba altamente improbable que las setas venenosas hubieran sido la causa del fallecimiento. Una idea tomaba forma en mi mente y le pregunté qué veneno, si es que existía alguno, podía haber sido empleado para lograr aquellos efectos. Me dio una extensísima explicación, que en su mayor parte, debo admitirlo, no entendí, pero que puede resumirse así: la muerte pudo ser producida por algún fuerte alcaloide vegetal.

“La idea que tuve era ésta. Suponiendo que Geoffrey Denman llevara también en la sangre la tara de la locura, ¿no pudo haberse suicidado? Durante un período de su vida estudió medicina y debía tener un buen conocimiento de los venenos y sus efectos.

“No me parecía muy probable, pero fue lo único que se me ocurrió y puedo asegurarles que estuve a punto de volverme loca. Ahora, aunque ustedes los jóvenes lo tomen a risa, les confesaré que, cuando me encuentro en un verdadero apuro, siempre rezo para mis adentros, en cualquier parte donde me encuentre, caminando por la calle o en el interior de una tienda, y siempre obtengo una respuesta a mi plegaria. Tal vez parezca una cosa sin importancia y sin relación aparente con este asunto, pero la tiene. Cuando era niña tenía este lema escrito sobre mi cama: “Pide y recibirás”. La mañana a la que me refiero yo estaba paseando por High Street y rezaba intensamente. Ce-

AGATHA CHRISTIE



rré los ojos y, al abrirlos, ¿qué creen ustedes que fue lo primero que vi?”

Cinco rostros se volvieron hacia la señorita Marple, demostrando diversos grados de interés. Sin embargo, podía afirmarse con seguridad que ninguno había adivinado la respuesta a la pregunta.

–Vi –dijo la señorita Marple con aire misterioso– el escaparate de la pescadería. Y sólo había una cosa en él: un ródalo fresco.

Miró a su alrededor con aire triunfante.

–¡Oh, cielos! –exclamó Raymond West–. La respuesta a tu plegaria fue... un ródalo fresco.

–Sí, Raymond –contestó la señorita Marple con aire severo–. Y no hace falta que seas tan escéptico. La mano de Dios está en todas partes. Lo primero que vi fueron las manchas negras de ese pescado, las huellas del pulgar de san Pedro, según cuenta la leyenda, ya sabes. Y eso me hizo recordar cosas: que necesitaba fe, la verdadera fe de san Pedro, y relacioné las dos cosas, la fe y el pescado.

Henry se sonó con bastante apresuramiento y Joyce se mordió el labio.

–¿Qué es lo que trajo esto a mi memoria? Pues que la doncella y la cocinera mencionaran que el pescado había sido una de las palabras pronunciadas por el difunto. Eso me convenció, con un convencimiento absoluto, de que la solución del misterio había de encontrarse en aquellas palabras. Volví a casa resuelta a llegar al fondo del asunto.

Hizo una pausa.

-¿Se les ha ocurrido pensar -continuó la anciana- cuántas veces nos dejamos llevar por lo que creo se ha dado en llamar el contexto de las cosas? Hay un lugar en Dartmoor llamado Tiempo Gris. Si uno habla con un granjero de allí y menciona las palabras Tiempo Gris, sin duda deducirá que se refiere a aquellas rocas, aunque es posible que usted le esté hablando del día que hace. Del mismo modo, si uno hace referencia a ese lugar ante un extraño que sólo oiga un fragmento de la conversación, puede pensar que le hablan del tiempo. De modo que, al repetir una conversación, por lo general no empleamos las palabras exactas, sino otras que para nosotros tienen el mismo significado.

"Me entrevisté por separado con la cocinera y Dorothy. Pregunté a la primera si estaba segura de que su amo había hablado de un montón de pescado y respondió afirmativamente.

"-¿Fueron entonces ésas sus palabras exactas -pregunté- o nombró alguna clase especial de pescado?

"-Eso es -replicó la cocinera-, una clase especial que ahora no puedo recordar. Un montón de... ¿qué era lo que dijo? No es ninguno de los que se sirven en la mesa. ¿Diría sollo o perca? No, no empezaba con P.

"Dorothy también recordaba que su amo había mencionado una clase determinada de pescado.

"-Era un nombre poco corriente -dijo-. Una pila de... ¿qué es lo que dijo?

"-¿Dijo montón o pila? -pregunté.

"-Creo que dijo pila. Pero no estoy segura, es tan di-

fácil recordar las palabras exactas, ¿no es cierto, señorita?, especialmente cuando no tienen sentido. Pero ahora que lo pienso, estoy casi segura de que dijo pila, algo que me sonó muy extraño, y luego pronunció el nombre de un pescado que empieza con C, pero no era el congrio ni cangrejo.”

-Lo que sigue a continuación me enorgullece -dijo la señorita Marple-, porque, desde luego, nada sé de drogas, que considero desagradables y peligrosas. Tengo una receta de mi abuela para hacer infusión de tanaceto que vale más que todas las medicinas. Pero yo sabía que en la casa había varios libros de medicina y que uno de ellos era un índice de drogas. ¿Comprenden? Mi idea fue que Geoffrey había tomado alguna dosis de veneno e intentó decirlo. Bien, primero miré las que empezaban por R, sin encontrar nada que me pareciese probable. Luego seguí con la letra P y casi en seguida di con ella... ¿qué creen ustedes que era? Miró a su alrededor saboreando su triunfo.

-Pilocarpina. ¿No adivinan cómo sonaría en labios de un hombre que apenas pudiera hablar? ¿Y cómo sonaría a oídos de una cocinera que nunca lo hubiera oído? ¿No debió de darle la impresión de que decía algo así como “pila de carpas”?

-¡Por Júpiter! -exclamó Henry.

-Nunca se me hubiera ocurrido -confesó el doctor Pender.

-Es muy interesante -dijo la señora Petherick-. Interesantísimo.

-Busqué apresuradamente la página que señalaba el

índice y leí los efectos que la pilocarpina produce en los ojos y otras cosas que no hacen al caso, y al fin llegué a una frase muy significativa. Ha sido empleada con éxito como antídoto contra el envenenamiento producido por la atropina. Entonces lo vi todo con claridad. Nunca consideré muy probable que Geoffrey Denman se hubiera suicidado. No, esta nueva solución no sólo era posible, sino que estaba segura de que era la verdadera ya que todas las piezas del rompecabezas encajaban.

-No voy a tratar de adivinarlo -dijo Raymond-. Continúa, tía Jane, y dinos lo que estaba tan claro para ti.

-Yo no sé nada de medicina, por supuesto -replicó la señorita Marple-, pero lo que sí sabía era que, cuando mi vista empezó a fallar, el médico me recetó unas gotas de sulfato de atropina. Fui directamente a la habitación del anciano señor Denman y no me anduve por las ramas.

"-Señor Denman -le dije-. Lo sé todo. ¿Por qué envenenó usted a su hijo?

"Me miró durante un par de segundos, era un hombre bastante atractivo a su manera, y luego se echó a reír. Fue una de las risas más malvadas que he oído en mi vida y les aseguro que se me puso la piel de gallina. Sólo en una ocasión oí algo parecido, cuando la pobre señora Jones se volvió loca.

"-Sí -me contestó-, yo maté a Geoffrey. Yo era demasiado listo para él y él quería quitarme de en medio ¿no es cierto? Encerrarme en un asilo. Lo oí hablar con Mabel. Mabel es una buena chica, se puso de mi par-

te, pero yo sabía que no iba a poder impedirlo indefinidamente. Al fin se habría salido con la suya, como siempre. Pero yo acabé con él, con mi hijo amable y cariñoso. ¡Ja, ja! Bajé durante la noche. Fue muy sencillo. Brewster había salido y mi querido hijo estaba durmiendo. Tenía un vaso de agua en la mesilla de noche, siempre bebía cuando se despertaba a medianoche. Lo vacié, ¡ja, ja!, y luego vertí en él mi botella de gotas para los ojos. Cuando se despertase se lo bebería antes de saber qué era. Sólo me quedaba una cucharada, pero fue suficiente, fue suficiente. ¡Así fue cómo lo hice! A la mañana siguiente me dieron la noticia con mucha delicadeza. Temían que me afectara, ¡ja, ja, ja!

“Bien, éste es el final de mi historia. Desde luego el pobre viejo fue internado en un sanatorio. En realidad no era responsable de lo que había hecho, se supo la verdad y todo el mundo se compadeció de Mabel y no sabían qué hacer para compensarla de sus injustas sospechas. Pero de no haber sido porque Geoffrey se dio cuenta de lo que había tomado e intentó pedir que le trajeran el antídoto sin demora, es posible que nunca se hubiera descubierto. Creo que la atropina produce ciertos síntomas muy evidentes, dilatación de las pupilas y demás, pero desde luego y como ya les he dicho, el doctor Rawlinson era muy corto de vista, pobre viejo. Y en el mismo libro de medicina, que continué leyendo porque era muy interesante, se daban los síntomas del envenenamiento producido por la ingestión de alimentos en mal estado y por la atropina, y no se diferencian gran cosa. Pero les aseguro que no

AGATHA CHRISTIE

he vuelto a ver un ródalo fresco sin acordarme de la huella del pulgar de san Pedro.”

Hubo una larga pausa.

-Mi querida amiga -dijo el señor Petherick-, es usted realmente maravillosa.

-Recomendaré a Scotland Yard que vengan a pedirle consejo -intervino Henry.

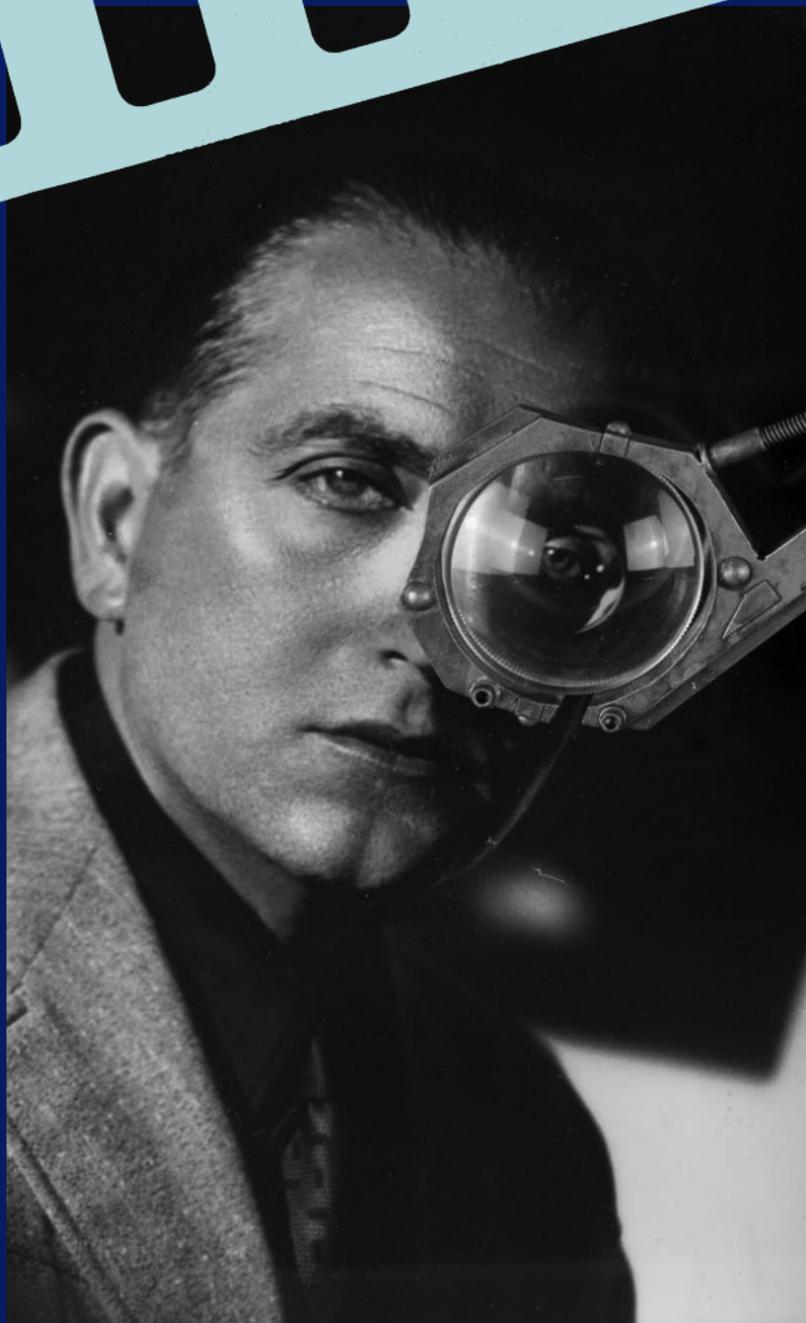
-Bueno, de todas formas hay una cosa que ignoras, tía Jane -dijo Raymond.

-Oh, sí que lo sé, querido -replicó la señorita Marple-. Ha ocurrido precisamente antes de cenar ¿no es cierto? Cuando llevaste a Joyce a contemplar la puesta de sol. Es un lugar muy adecuado, junto a los jazmines. Allí es donde el lechero le preguntó a Annie si quería casarse con él.

-Vaya, tía Jane -replicó el joven-, no estropees todo el romanticismo. Joyce y yo no somos como el lechero y Annie.

-En eso te equivocas, querido -dijo la señorita Marple-. En realidad todos somos iguales, aunque afortunadamente tal vez no nos demos cuenta.





125°

## FRITZ LANG

Viena, 1890 - Beverly Hills, 1976

*Durante su juventud realizó estudios de arquitectura complaciendo así la voluntad paterna; pero más tarde se inclinó hacia la pintura, vocación que lo llevó a abandonar el hogar familiar y a emprender una serie de largos viajes. En 1914, con motivo del estallido de la I Guerra Mundial, regresó a Austria, se enroló en el ejército y cayó herido; fue en el hospital militar donde conoció al director de cine Joe May, al que mostró sus dibujos y sus relatos; éste no dudó en contratarle como guionista.*

*El primer título de Lang que se llevó a la pantalla fue Die Hochzelt im Exzentrik Klub, obra dirigida por May en 1917 y actualmente desaparecida; el resultado desilusionó al joven guionista y decidió dirigir él mismo sus propias películas. La primera de ellas que se conserva es Die Spinnen (1919), en la que se percibe ya su desarrollado sentido volumétrico para la composición de imágenes y su sensible talento dramático para el relato. Desde este momento pasó a enriquecer las filas del expresionismo alemán. Durante su etapa en Alemania rodó obras maestras como las dos partes de **El doctor Mabuse** (1922-28), las dos partes de **Los Nibelungos** (1924), **Metrópolis** (1927), **La mujer en la luna** (1931), **M, el vampiro de Düsseldorf** (1931) y **El testamento del doctor Mabuse** (1932),*

# Lang



películas en las que se repiten los motivos referentes al mundo subterráneo (cuevas, sótanos, galerías), las imágenes desdobladas en espejos y otras visiones ilusorias. En 1933 huyó de la Alemania de Hitler y buscó refugio en París. Atrás dejó a su esposa, Thea von Harbou, guionista de cine que le había ayudado en la confección de algunas películas y que se había adscrito activamente al movimiento nazi. Una vez en la capital francesa, Lang rodó una adaptación de la obra teatral de Ferenc Molnar *Liliom* (1934), sin cosechar demasiado éxito. Pasados dos años consiguió trasladarse a Estados Unidos, donde firmó una serie de contratos con la Metro Goldwyn Mayer. Su etapa americana también dio grandes obras a la cinematografía, en esta ocasión cargadas de crítica social y de reflexiones sobre el individuo y la justicia.

De entre ellas cabe destacar *Furia* (1936), *Sólo se vive una vez* (1937), *La venganza de Frank James* (1940), *La mujer del cuadro* (1944), *Los sobornados* (1953), *Mientras Nueva York duerme* (1956) y *Más allá de la duda* (1957). Los criterios comerciales impuestos a Lang durante el rodaje de estas dos últimas películas incitaron al artista a abandonar los Estados Unidos en busca de mayor libertad creativa. Una compañía alemana le produjo dos filmes en la India: *El tigre de Esnapur* y *La tumba india* (1959). En 1961 dirigió su última película, *Los crímenes del doctor Mabuse*. La pérdida de la vista le impidió seguir trabajando. Su ingente obra abarcó todos los géneros, excepto la comedia. Fritz Lang falleció el 2 de agosto de 1976 en Los Angeles.

50°

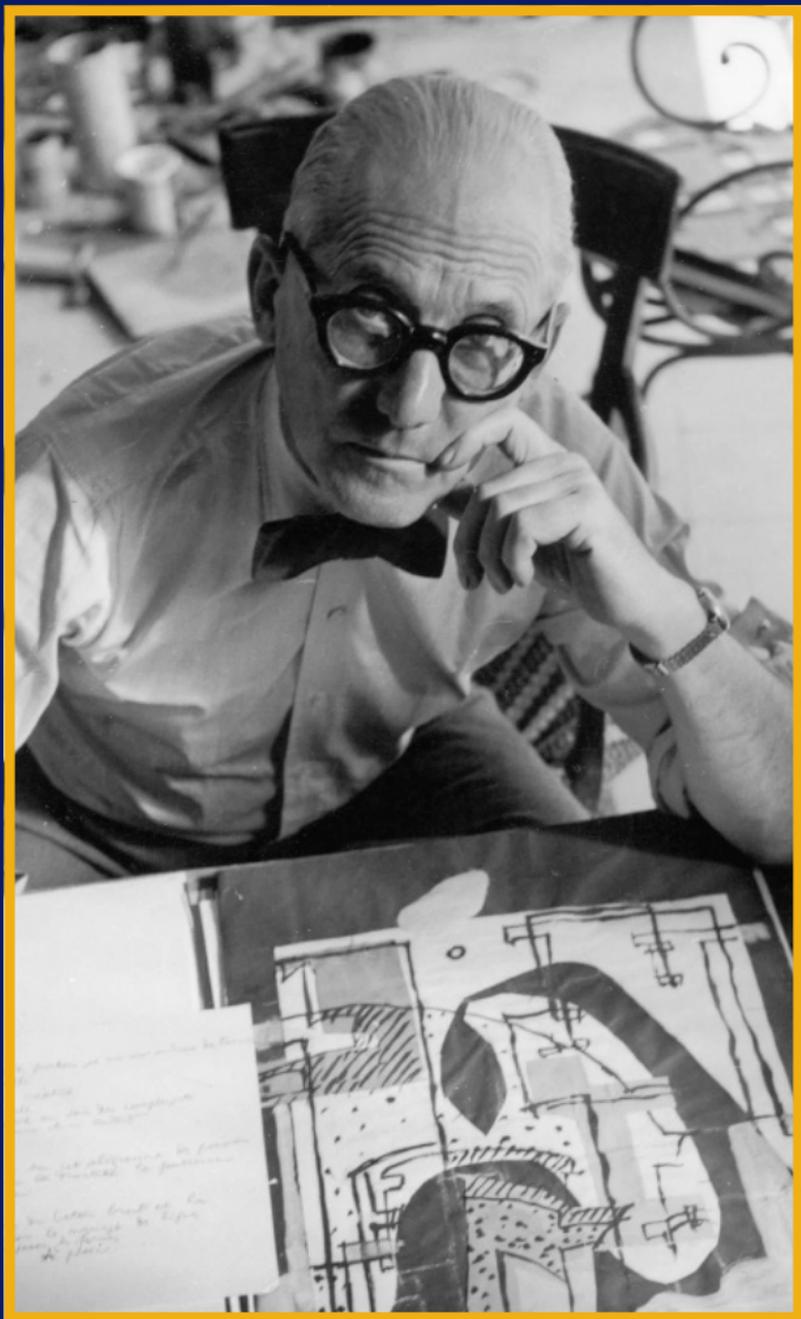
## LE CORBUSIER

La Chaux-de-Fonds, 1887 - Roquebrune-Cap-Martin, 1965

*Charles Edouard Jeanneret nació el 6 de octubre de 1887 en La Chaux-de-Fonds (Suiza), donde estudió artes y oficios. Trabajó en el estudio parisino de Auguste Perret y más adelante viaja a Alemania. En el año 1922 se asocia con el ingeniero Pierre Jeanneret, su primo, adoptando para la arquitectura el seudónimo Le Corbusier (el cuervo). Como pintor se asoció a Amédée Ozenfant para fundar el movimiento purista. En 1920 funda la revista L'Esprit Nouveau. Su mayor aportación es el entendimiento de la casa como una máquina de habitar. Definió la arquitectura como "el juego correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz", fundamentada en la utilización de los nuevos materiales: hormigón armado, vidrio plano en grandes dimensiones y otros productos. Una de sus mayores preocupaciones fue la necesidad de una nueva planificación urbana.*

*Durante la década de 1920 propuso numerosos proyectos urbanísticos y residenciales. Entre los edificios de esta época destacan el Pabellón del Esprit Nouveau en París (1925), la villa de Monzie en Garches (1927) y la villa Savoye en Poissy (1929-1931). Sus obras posteriores son la Casa de Suiza de la ciudad universitaria de París, la iglesia de Ronchamp, el monasterio de los dominicos de La Tourette y el planeamiento urbano de Chandigarh, la ciudad construida en la India como nueva capital del Punjab. Durante la II Guerra Mundial se recluye en el sur de Francia dedicándose a pintar y escribir. En 1943 publica la Carta de Atenas, uno de los textos básicos del urbanismo moderno. Le Corbusier falleció el 27 de agosto de 1965 en Cap Martin (Francia).*

*Le Corbusier*



# *Le Corbusier*



## *Bodegón*

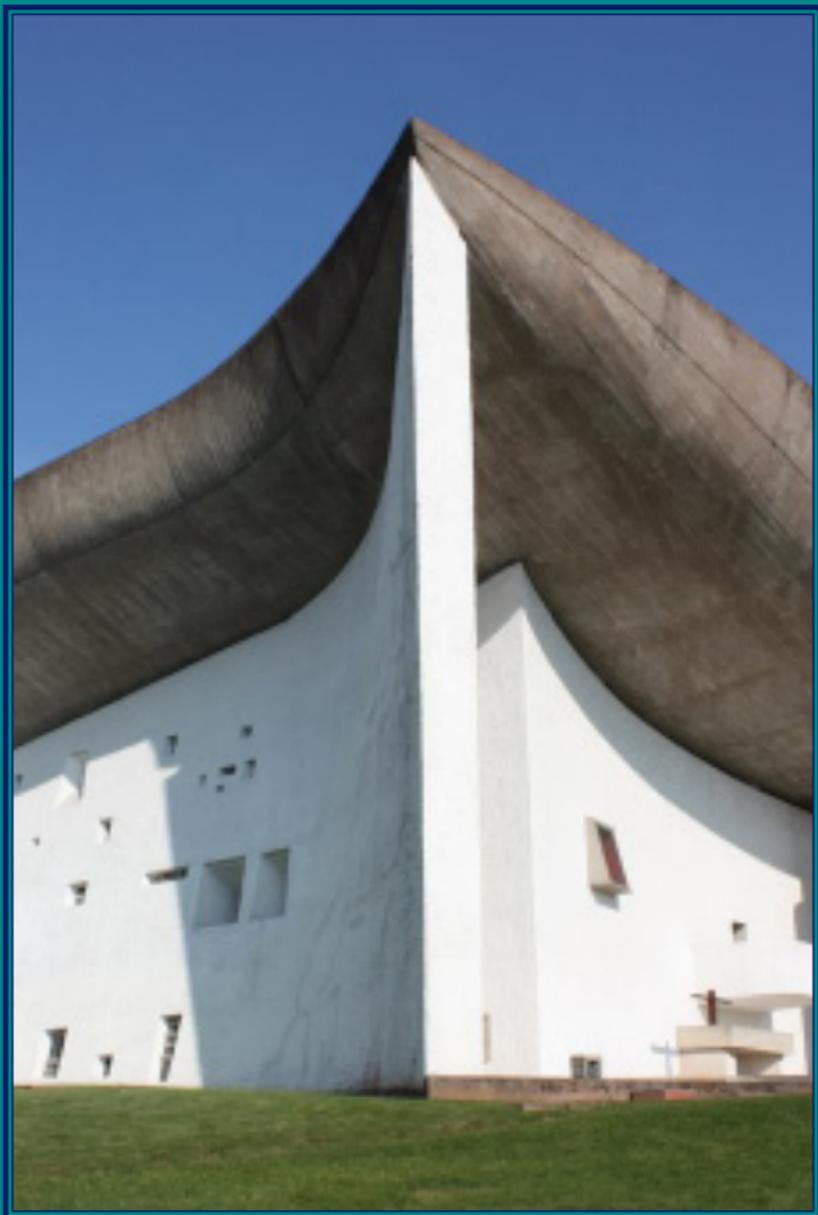
(1920 ~ MoMA, NUEVA YORK, EE.UU.)

# *Le Corbusier*



*Villa Savoye*  
(1928 ~ POISSY, FRANCIA)

# *Le Corbusier*



*Capilla Notre Dame du Haut*  
(1950-55 ~ RONCHAMP, FRANCIA)

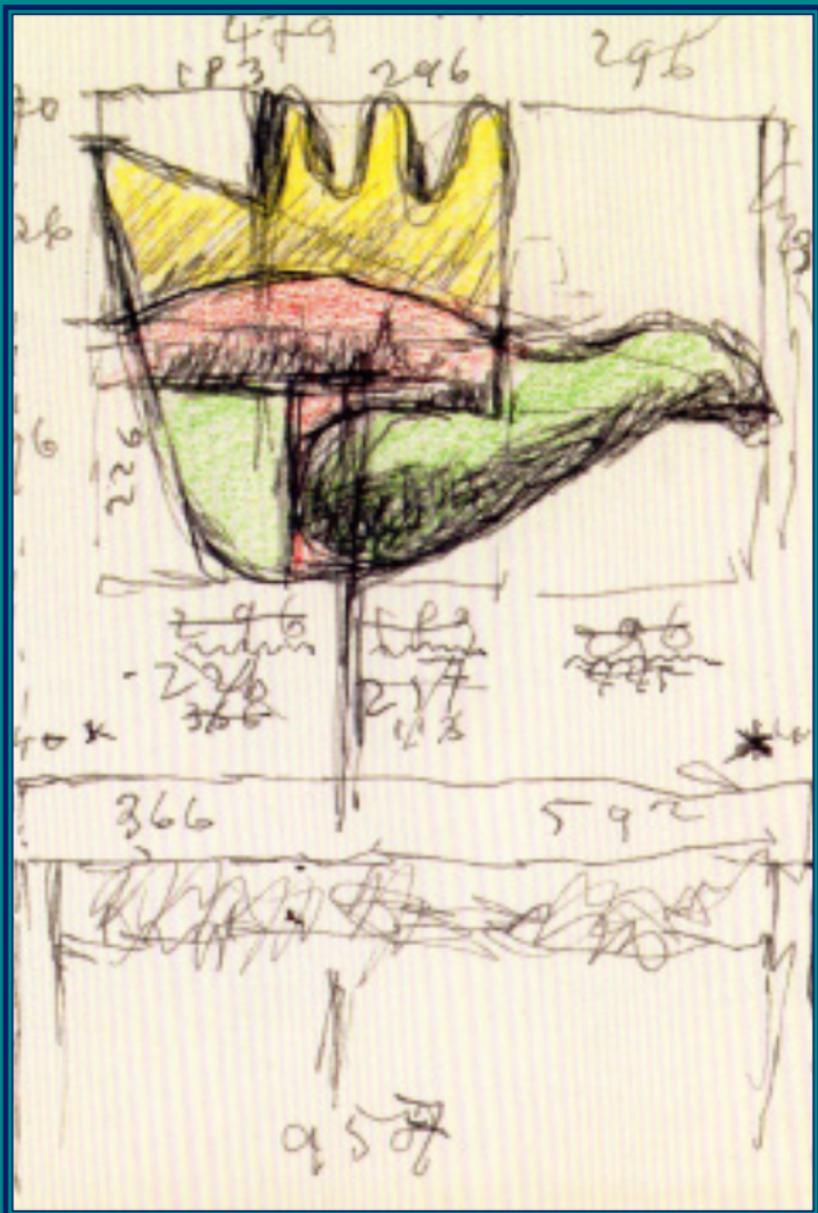
# *Le Corbusier*



*Femme*

(1953 ~ MADERA POLICROMO, FONDATION LC, PARÍS, FRANCIA)

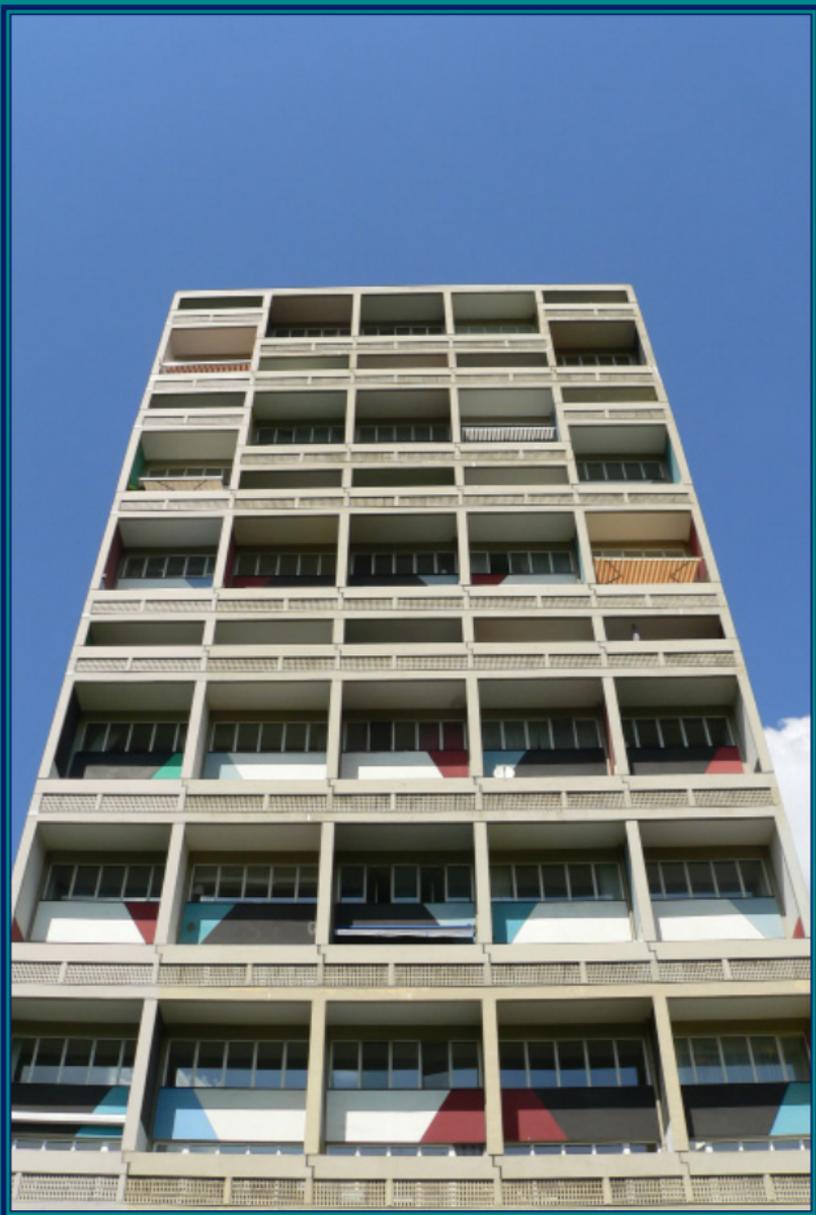
# Le Corbusier



## *La Main Ouvre*

(1954 ~ ACUARELA, EMBLEMA DE CHANDIGARH, INDIA)

# *Le Corbusier*



*Unité d'Habitation*  
(1957 ~ BERLÍN, ALEMANIA)



## ÉDITH PIAF

París, 1915 - Grasse, 1963



*Édith Giovanna Gassion nació en París, el 19 de diciembre de 1915. Hija de un contorsionista acróbata y de una cantante de cabaret, su infancia fue triste. Sus padres se separaron muy pronto; la madre, alcoholizada y enferma, dejó la custodia de Édith a su marido (también alcohólico) y a una abuela paterna. Dada la precaria situación económica de la familia, Édith tenía que ganarse unas monedas cantando en calles y cafés de París. La situación empeoró cuando, con 16 años, se quedó embarazada. En 1932 tuvo una hija a la que llamó Marcelle, pero murió a los dos años. Siguió cantando en cafés y clubes de la calle Pigalle, en el mundo que rodeaba a los barrios menos recomendables del París de la época. Su vida cambió cuando el propietario del cabaret Gerny's, uno de los más conocidos de París, se paró a escucharla. Édith fue contratada de inmediato. Su éxito no tardó en llegar y fue conocida como "Môme Piaf" (pequeño gorrión). Era 1937, y había nacido una nueva estrella: Édith Piaf. Su consagración llegó tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se convirtió en la musa de poetas e intelectuales del*



# PIAF

*París existencialista y se ganó la admiración incondicional del público. Un letrista conocido como Raymond Asso, que era su amante, la ayudó a sobreponerse. Édith Piaf remontó el vuelo y volvió a los grandes escenarios de Francia, de Europa y*





*de América. Se hizo amiga de la actriz Marlene Dietrich y se convirtió en la gran dama de la canción francesa, ayudando a talentos emergentes y relacionándose con intelectuales como Jean Cocteau. En 1946 viajó a Nueva York y conoció al amor de su vida, el boxeador Marcel Cerdan, quien murió en 1949 al estrellarse el avión en que viajaba. En 1959 se le descubrió un cáncer. Murió en Provenza el 11 de octubre de 1963. Entre las muchas canciones que popularizó cabe destacar Mon légionnaire, Je ne regrette rien, La vie en rose, Les amants de Paris, Hymne a l'amour, Mon dieu y Milord. También actuó en películas y tuvo otros romances con cantantes del relieve de Charles Aznavour, Georges Moustaki o Yves Montand.*



125°

## HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

Providence, 1890 - Providence, 1937

*Nació el 20 de agosto de 1890. Hijo único, cuando tenía tres años, su padre sufrió una crisis nerviosa en la habitación de un hotel de Chicago y fue ingresado en un centro psiquiátrico.*

*Lovecraft recitaba poesía a los dos años, leía a los tres y empezó a escribir a los seis años de edad. Debido a su mala salud, no asistió al colegio hasta los ocho años y lo abandonó después de un año. Fue una persona solitaria que dedicaba su tiempo a la lectura, la astronomía y a cartearse con otros aficionados a la literatura macabra. Fue un gran innovador del cuento de terror gracias a su singular tratamiento de la narrativa y la atmósfera de sus historias. De 1908 a 1923 ganaba algo de dinero escribiendo relatos para revistas de poca tirada. Diez años más adelante, su obra empezó a interesar a mucha gente.*

*Sus relatos tratan sobre espíritus malignos, posesiones psíquicas y mundos oníricos donde el tiempo y el espacio se alteran irremediablemente, como en sus Mitos de Cthulhu, un trabajo colectivo que fue creciendo con las aportaciones del llamado Círculo de Lovecraft, un grupo de escritores formado por el propio Lovecraft y otros. Sus relatos se recopilaron en varios volúmenes póstumos, entre los que figuran El extraño y otros cuentos (1939) y El cazador en la oscuridad y otros cuentos (1951). Sus mejores novelas cortas son El caso de Charles Dexter Ward (1928), En las montañas de la locura (1931) y La sombra sobre Insmouth (1936). Se casó con Sonia Greene en 1924, y se mudó a Brooklyn, en la ciudad de Nueva York. En 1926, se divorciaron. Murió de cáncer intestinal el 15 de marzo de 1937 en la pobreza y el anonimato.*

## La música de Erich Zann

(1921)

He examinado varios planos de la ciudad con suma atención, pero no he vuelto a encontrar la Rue d´Auseil. No me he limitado a manejar mapas modernos, pues sé que los nombres cambian con el paso del tiempo. Muy al contrario, me he sumergido a fondo en todas las antigüedades del lugar y he explorado en persona todos los rincones de la ciudad, cualquiera que fuese su nombre, que pudiera responder a la calle que en otro tiempo conocí como Rue d´Auseil. Pero a pesar de todos mis esfuerzos, no deja de ser una frustración que no haya podido dar con la casa, la calle o siquiera el distrito en donde, durante mis últimos meses de de-pauperada vida como estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Erich Zann.

Que me falle la memoria no me sorprende lo más mínimo, pues mi salud, tanto física como mental, se vio gravemente trastornada durante el período de mi estancia en la Rue d´Auseil y no recuerdo haber llevado allí a ninguna de mis escasas amistades. Pero que no pueda

volver a encontrar el lugar resulta extraño a la vez que me deja perplejo, pues estaba a menos de media hora andando de la universidad y se distinguía por unos rasgos característicos que difícilmente podría olvidar quien hubiese pasado por allí. Lo cierto es que jamás he encontrado a nadie que haya estado en la Rue d'Auseil. La Rue d'Auseil quedaba al otro lado de un oscuro río bordeado de empinados almacenes de ladrillo con los cristales de las ventanas empañados, y se accedía a ella por un macizo puente de piedra ennegrecida. Estaba siempre lóbrego el curso de aquel río, como si el humo procedente de las fábricas vecinas impidiera el paso de los rayos del sol a perpetuidad. Las aguas despedían, asimismo, un hedor que no he vuelto a percibir en ninguna otra parte y que quizás algún día me ayude a dar con el lugar que busco, pues estoy seguro de que reconocería ese olor al instante. Al otro lado del puente podían verse una serie de calles adoquinadas y con raíles; luego venía la subida, gradual al principio, pero de una pendiente increíble a la altura de la Rue d'Auseil.

Jamás he visto una calle más angosta y empinada como la Rue d'Auseil. Cerrada a la circulación rodada, casi era un precipicio consistente en algunos lugares en tramos de escaleras que culminaban en la cresta en un impresionante muro cubierto de hiedra. El pavimento era irregular: unas veces losas de piedra, otras adoquines y a veces pura y simple tierra con incrustaciones de vegetación de un color verdoso y grisáceo. Las casas altas, con los tejados rematados en pico, increíblemente antiguas y estaban inclinadas a la buena de Dios hacia

delante o hacia un lado. De vez en cuando podían verse dos casas con las fachadas frente por frente e inclinadas hacia delante, hasta el punto de formar casi un arco en medio de la calle; lógicamente, apenas luz alguna llegaba al suelo que había debajo de ellas. Entre las casas de uno y otro lado de la calle había unos cuantos puentes elevados.

Los vecinos de aquella calle me producían una extraña impresión. Al principio pensé que era debido a su natural silencioso y taciturno, pero luego lo atribuí al hecho de que todos allí eran ancianos. No sé cómo pude ir a parar a semejante calle, pero no fui yo ni mucho menos el único que se mudó a vivir a aquel lugar. Había vivido en muchos sitios destartalados, de los que siempre me había visto desalojado por no poder pagar la renta, hasta que finalmente un día me di de bruces con aquella casa medio en ruinas de la Rue d'Auseil que guardaba un paralítico llamado Blandot. Era la tercera casa según se miraba desde la parte superior de la calle, y la más alta de todas con diferencia.

Mi habitación estaba en el quinto piso. Era la única habitada en aquella planta, pues la casa estaba prácticamente vacía. La noche de mi llegada oí una música extraña procedente de la buhardilla que tenía justo encima, y al día siguiente inquirí al viejo Blandot por el intérprete de aquella música. Me dijo que la persona en cuestión era un anciano violinista de origen alemán, un hombre mudo y un tanto extraño, que firmaba con el nombre de Erich Zann y que por las noches tocaba en una orquestilla teatral. Y añadió que la afición de

Zann a tocar por la noches a la vuelta del teatro era el motivo que le había llevado a instalarse en aquella alta y solitaria habitación abuhardillada, cuya ventana de gablete era el único punto de la calle desde el que podía divisarse el final del muro en declive y la panorámica que se ofrecía del otro lado del mismo.

En adelante no hubo noche que no oyera a Zann, y, aunque su música me mantenía despierto, había algo extraño en ella que me turbaba. No obstante ser yo escasamente conocedor de aquel arte, estaba convencido de que ninguna de sus armonías tenía nada que ver con la música que había oído hasta entonces, de lo que deduje que tenía que tratarse de un compositor de singular talento. Cuanto más la escuchaba más me atraía aquella música, hasta que al cabo de una semana decidí darme a conocer a aquel anciano.

Una noche, cuando Zann regresaba del trabajo, le salí al paso del rellano de la escalera y le dije que me gustaría conocerlo y acompañarlo mientras tocaba. Era pequeño de estatura, delgado y andaba algo encorvado, con la ropa desgastada, ojos azules, una expresión entre grotesca y satírica y prácticamente calvo. Su reacción ante mis primeras palabras fue violenta a la vez que temerosa. Con todo, el talante amistoso de mis maneras acabó por aplacarlo, y a regañadientes me hizo señas para que lo siguiera por la oscura, agrietada y desvenijada escalera que llevaba a la buhardilla. Su habitación, una de las dos que había en aquella buhardilla de techo inclinado, estaba orientada al oeste, hacia el muro que formaba el extremo superior de la calle. Era

de grandes dimensiones, y aun parecía mayor por la total desnudez y abandono en que se encontraba. Por todo mobiliario había una delgada armadura metálica de cama, un deslustrado lavamanos, una mesita, una gran estantería, un atril y tres anticuadas sillas. Apiladas en desorden por el suelo se veían multitud de partituras. Las paredes eran de tableros desnudos, y lo más probable es que no hubieran sido revocadas en la vida; por otro lado, la abundancia de polvo y telarañas por doquier hacían que el lugar pareciese más abandonado que habitado. En suma, el bello mundo de Erich Zann debía sin duda encontrarse en algún remoto cosmos de su imaginación.

Indicándome por señas que me sentara, mi anciano y mudo vecino cerró la puerta, echó el gran cerrojo de madera y encendió una vela para aumentar la luz de la que ya portaba consigo. A continuación, sacó el violín de la apolillada funda y, cogiéndolo entre las manos, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No utilizó para nada el atril, pero, sin darme opción y tocando de memoria, me deleitó por espacio de más de una hora con melodías que sin duda debían ser creación suya. Tratar de describir su exacta naturaleza es prácticamente imposible para alguien no versado en música. Era una especie de fuga, con pasajes reiterados verdaderamente embriagadores, pero en especial para mí por la ausencia de las extrañas notas que había oído en anteriores ocasiones desde mi habitación.

No se me iban de la cabeza aquellas obsesivas notas, e incluso a menudo las tarareaba y silbaba para mis

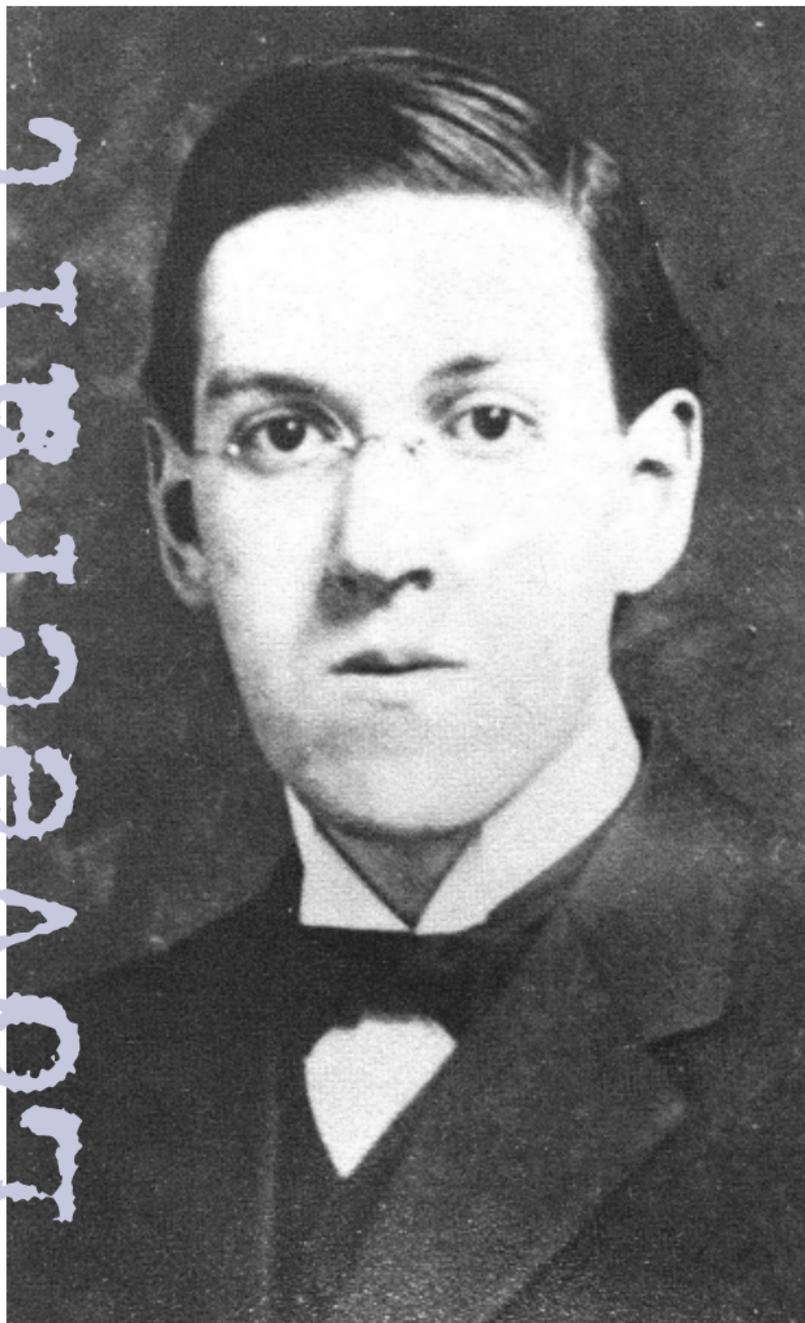
adentros aunque sin gran precisión, así que cuando el solista depuso finalmente el arco le rogué que me las interpretara. Nada más oír mis primeras palabras aquella arrugada y grotesca faz perdió la expresión benigna y ausente que había tenido durante toda la interpretación, y pareció mostrar la misma curiosa mezcolanza de ira y temor que cuando lo abordé por vez primera. Por un momento intenté recurrir a la persuasión, disculpando los caprichos propios de la senilidad; hasta traté de despertar los exaltados ánimos de mi anfitrión silbando unos acordes de la melodía escuchada la noche precedente. Pero al instante hube de interrumpir mis silbidos, pues cuando el músico mudo reconoció la tonada su rostro se contorsionó de repente adquiriendo una expresión imposible de describir, al tiempo que alzaba su larga, fría y huesuda mano instándome a callar y no seguir la burda imitación. Y al hacerlo demostró una vez más su rareza, pues echó una mirada expectante hacia la única ventana con cortinas, como si temiera la presencia de algún intruso; una mirada doblemente absurda pues la buhardilla estaba muy por encima del resto de los tejados adyacentes, lo que la hacía prácticamente inaccesible, y además, por lo que había dicho el portero, la ventana era el único punto de la empinada calle desde el que podía verse la cumbre por encima del muro.

La mirada del anciano me hizo recordar la observación de Blandot, y de repente se me antojó satisfacer mi deseo de contemplar la amplia y vertiginosa panorámica de los tejados a la luz de la luna y las luces de la ciudad

que se extendían más allá de la cumbre, algo que de entre todos los moradores de la Rue d'Auseil sólo le era dado ver a aquel músico de avinagrado carácter. Me acerqué a la ventana y estaba ya a punto de correr las indescriptibles cortinas cuando, con una violencia y terror aún mayores que los de hasta entonces había hecho gala, mi mudo vecino se abalanzó de nuevo sobre mí, esta vez indicándome con gestos de la cabeza la dirección de la puerta y esforzándose agitadamente por alejarme de allí con ambas manos. Ahora, decididamente enfadado con mi vecino, le ordené que me soltara, que no pensaba permanecer allí ni un momento más. Viendo lo agraviado y disgustado que estaba, me soltó a la vez que su ira remitía. Al momento, volvió a agarrarme con fuerza, pero esta vez en tono amistoso, y me hizo sentarme en una silla; luego, con aire meditabundo, se acercó a la desordenada mesa, cogió un lápiz y se puso a escribir en un francés forzado, propio de un extranjero.

La nota que finalmente me extendió era una súplica en la que reclamaba tolerancia y perdón. En ella, Zann decía ser un solitario anciano afligido por extraños temores y trastornos nerviosos relacionados con su música, amén de otros problemas. Le encantaba que escuchara su música, y deseaba que volviera más noches y no le tomara en cuenta sus rarezas. Pero no podía tocar para otros sus extraños acordes ni tampoco soportar que los oyeran; asimismo, tampoco podía aguantar que otros tocaran en su habitación. No había sabido, hasta nuestra conversación en el rellano de la escalera, que desde

Lovecraft



mi habitación podía oír su música, y me rogaba encarecidamente que hablase con Blandot para que me diera una habitación en un piso más bajo donde no pudiera oírlo por la noche. Cualquier diferencia en el precio del alquiler correría de su cuenta.

Mientras trataba de descifrar el execrable francés de aquella nota, mi compasión hacia aquel pobre hombre fue en aumento. Era, al igual que yo, víctima de trastornos físicos y nerviosos, y mis estudios de metafísica me habían enseñado que en tales casos se requería comprensión más que nada. En medio de aquel silencio se oyó un ligero ruido procedente de la ventana; el viento nocturno debió hacer resonar la persiana, y por alguna razón que se me escapaba di un respingo casi tan brusco como el de Erich Zann. Cuando terminé de leer la nota, le di la mano a mi vecino y salí de allí en calidad de amigo suyo.

Al día siguiente Blandot me dio una habitación algo más cara en el tercer piso, situado entre la pieza de un anciano prestamista y la de un honrado tapicero. En el cuarto piso no vivía nadie.

No tardé en darme cuenta de que el interés mostrado por Zann en que le hiciera compañía no era lo que creí entender cuando me persuadió a mudarme del quinto piso. Nunca me llamó para que fuera a verlo, y cuando lo hacía parecía encontrarse a disgusto y tocaba con desgana. Las veladas siempre tenían lugar de noche, pues durante el día dormía y no admitía visitas. Mi afecto hacia él no aumentó, aunque parecía como si aquella buhardilla y la extraña música que tocaba

mi vecino ejercieran una extraña fascinación sobre mí. No se me había ido de la cabeza el indiscreto deseo de mirar por aquella ventana y ver qué había por encima del muro y abajo, en la invisible pendiente con los rutilantes tejados y chapiteles que debían divisarse desde allí. En cierta ocasión subí a la buhardilla en horas de teatro, mientras Zann estaba fuera, pero la puerta tenía echado el cerrojo. Para lo que sí me las arreglé, en cambio, fue para oír las interpretaciones nocturnas de aquel anciano mudo. Al principio, iba de puntillas hasta mi antiguo quinto piso, y con el tiempo me atreví incluso a subir el último y chirriante tramo de la escalera que llevaba hasta la buhardilla. Allí, en el angosto rellano, al otro lado de la atrancada puerta que tenía el agujero de la cerradura tapado, pude oír con relativa frecuencia sonidos que me embargaron con un indefinible temor, ese temor a algo impreciso y misterioso que se cierne sobre uno. No es que los sonidos fuesen espantosos, pues ciertamente no lo eran, sino que sus vibraciones no guardaban parangón alguno con nada de este mundo, y a intervalos adquirirían una calidad sinfónica que difícilmente podría imaginarme proviniese de un solo músico. No había duda, Erich Zann era un genio de irresistible talento. A medida que pasaban las semanas las interpretaciones fueron adquiriendo un ritmo más frenético, y el semblante del anciano músico fue tomando un aspecto cada vez más demacrado y huraño digno de la mayor compasión. Ya no me dejaba pasar a verlo, fuese cual fuese la hora a que llamara, y me rehuía siempre que nos encontrábamos en la escalera.

Una noche, mientras escuchaba desde la puerta, oí al chirriante violín dilatarse hasta producir una caótica babel de sonidos, un pandemonio que me habría hecho dudar de mi propio juicio si desde el otro lado de la atrancada puerta no me hubiera llegado una lastimera prueba de que el horror era auténtico: el espantoso e inarticulado grito que sólo la garganta de un mudo puede emitir, y que sólo se alza en los momentos en que la angustia y el miedo son más irresistibles. Golpeé repetidas veces en la puerta, pero no percibí respuesta. Luego, aguardé en el oscuro rellano, temblando de frío y miedo, hasta que oí los débiles esfuerzos del desventurado músico por incorporarse del suelo con ayuda de una silla. Creyendo que recuperaba el sentido tras haber sufrido un desmayo, renové mis golpes al tiempo que profería en voz alta mi nombre con objeto de tranquilizarle. Oí a Zann tambaleándose hasta llegar a la ventana y cerrar las cortinas y el bastidor, y luego dirigirse dando traspiés hacia la puerta, que abrió de forma vacilante para dejarme paso. Esta vez saltaba a la vista que estaba encantado de tenerme a su lado, pues su descompuesta cara resplandecía de alivio mientras me agarraba del abrigo, como haría un niño de las faldas de su madre.

Preso de patéticos temblores, el anciano me hizo sentarme en una silla mientras él se dejaba caer en otra, junto a la que se encontraban tirados por el suelo el violín y el arco. Durante algún tiempo permaneció inactivo, haciendo extrañas inclinaciones de cabeza, pero dando la paradójica impresión de escuchar intensa y temero-

samente. A continuación, pareció recobrar el ánimo, y sentándose en una silla junto a la mesa escribió una breve nota, me la entregó y volvió a la mesa, poniéndose a escribir frenética e incesantemente. En la nota me imploraba que, por compasión hacia él y si quería satisfacer mi curiosidad, no me levantara de donde estaba hasta que él acabase de redactar un exhaustivo informe en alemán sobre los prodigios y temores que le asediaban. En vista de ello, permanecí allí sentado mientras el lápiz del anciano mudo corría sobre el papel.

Habría transcurrido ya una hora, y yo seguía allí esperando mientras el anciano músico proseguía escribiendo febrilmente y las hojas se apilaban unas sobre otras, cuando, de repente, Zann dio un respingo como si hubiera recibido una fuerte sacudida. No cabía error; sus ojos miraban a la ventana con la cortina echada y escuchaba en medio de grandes temblores. Luego, creí oír un sonido, esta vez no era horrible sino que, muy al contrario, se asemejaba a una nota musical extraordinariamente baja e infinitamente lejana, como si procediera de algún músico que habitase en alguna de las casas próximas o en una vivienda allende el imponente muro por encima del cual nunca conseguí mirar. El efecto que le produjo a Zann fue terrible, pues, soltando el lápiz, se levantó al instante, cogió el violín entre las manos y se puso a desgarrar la noche con la más frenética interpretación que había oído salir de su arco, a excepción de cuando lo escuchaba del otro lado de la atrancada puerta.

Sería inútil intentar describir lo que tocó Erich Zann aquella espantosa noche. Era infinitamente más ho-

rrible que todo lo que había oído hasta entonces, pues ahora podía ver la expresión dibujada en su rostro y podía advertir que en esta ocasión el motivo era el temor llevado a su máxima expresión. Trataba de emitir un ruido con el fin de alejar, o acallar algo, qué exactamente no sabría decir, pero en cualquier caso debía tratarse de algo pavoroso. La interpretación alcanzó caracteres fantásticos, histéricos, de auténtico delirio, pero sin perder ni una sola de aquellas cualidades de magistral genio de que estaba dotado aquel singular anciano. Reconocí la melodía -una frenética danza húngara que se había hecho popular en los medios teatrales-, y durante unos segundos reflexioné que aquélla era la primera vez que oía a Zann interpretar una composición de otro autor.

Cada vez más alto, cada vez más frenéticamente, ascendía el chirriante y lastimero alarido de aquel desesperado violín. El solista emitía unos ruidos extraños al respirar y se contorsionaba cual si fuese un mono, sin dejar de mirar temerosamente a la ventana con la cortina echada. En aquellos frenéticos acordes creía ver sombríos faunos y bacantes que bailaban y giraban como posesos en abismos desbordantes de nubes, humo y relámpagos. Y luego me pareció oír una nota más estridente y prolongada que no procedía del violín; una nota pausada, deliberada, intencional y burlesca que venía de algún lejano lugar en dirección oeste. En este trance, la persiana comenzó a batir con fuerza debido a un viento nocturno que se había levantado en el exterior, como si fuese en respuesta a la furiosa mú-

sica que se oía dentro. El chirriante violín de Zann se superó a sí mismo y se lanzó a emitir sonidos que jamás pensé que pudieran salir de las cuerdas de un violín. La persiana trepidó con más fuerza, se soltó y comenzó a golpear con estrépito la ventana. Como consecuencia de los persistentes impactos en su superficie el cristal se hizo añicos, dejando entrar una bocanada de aire frío que hizo chisporrotear la llama de las velas y crujir las hojas de papel que había sobre la mesa en que Zann intentaba poner por escrito su abominable secreto. Eché una mirada a Zann y comprobé que estaba totalmente absorto en su tarea. Sus ojos estaban inflamados, vidriosos y ausentes, y la frenética música había acabado transformándose en una orgía desenfrenada e irreconociblemente automática que ninguna pluma podría siquiera intentar describir.

Una repentina bocanada, más fuerte que las anteriores, arrebató el manuscrito y se lo llevó hacia la ventana. Preso de la desesperación, me lancé tras las cuartillas que volaban por la habitación, pero ya se las había llevado el viento antes de conseguir llegar yo a las abatidas hojas de la ventana. En aquel momento recordé mi deseo aún insatisfecho de mirar desde aquella ventana, la única de la Rue d'Auseil desde la que podía verse la ladera que había al otro lado del muro y la urbe extendida a sus pies. La oscuridad era total, pero las luces de la ciudad estaban continuamente encendidas de noche por lo que esperaba poder verlas por entre la cortina de lluvia y viento. Pero cuando miré desde la ventana más alta de la buhardilla, mientras las velas seguían

chisporroteando y el enajenado violín competía con los aullidos del nocturnal viento, no vi ciudad alguna debajo de mí ni percibí el resplandor de ninguna luz cordial procedente de calles conocidas, sino únicamente la oscuridad del espacio sin límites, un espacio lleno de música y movimiento, sin parecido alguno con ningún otro rincón de la tierra. Y mientras permanecía allí de pie contemplando con espanto aquel inimaginable espectáculo, el viento apagó las dos velas que iluminaban aquella vieja buhardilla, sumiéndolo todo en la más brutal e impenetrable oscuridad. Ante mí no tenía sino el caos y el pandemonio más absoluto; a mi espalda, la endiablada enajenación de aquellos nocturnales desgarros de las cuerdas de violín.

Tambaleándome, volví al oscuro interior de la habitación. Sin poder encender una cerilla, derribé una silla y, finalmente, me abrí paso a tientas hasta el lugar de donde provenían los gritos y aquella increíble música. Debía tratar de escapar de aquel lugar en compañía de Erich Zann, cualesquiera que fuesen las fuerzas que hubiera de vencer. En cierto momento me pareció como si algo frío me rozara y lancé un grito de espanto, pero éste fue sofocado por la música que salía de aquel horrible violín. De repente, en medio de aquella oscuridad total me rozó el arco que no cesaba de rasgar violentamente las cuerdas, con lo que pude advertir que me encontraba cerca del músico. Tanteé con las manos hasta tocar el respaldo de la silla de Zann, seguidamente, palpé y agité su hombro en un intento de hacerlo volver a sus cabales.

Pero Zann no respondió, y, mientras, el violín seguía chirriando sin mostrar la menor intención de parar. Puse la mano sobre su cabeza, logrando detener su mecánica inclinación y le grité al oído que debíamos escaparnos los dos de aquellos ignotos misterios que acechaban en la noche. Pero ni percibí respuesta ni Zann redujo el frenesí de su indescriptible música. Entre tanto, extrañas corrientes de aire parecían correr de un extremo a otro de la buhardilla en medio de la oscuridad y el desorden reinantes. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando le pasé la mano por el oído, aunque no sabría bien decir por qué... no lo supe hasta que no palpé su cara inmóvil, aquella cara helada, tersa, sin la menor señal de respiración, cuyos vidriosos ojos sobresalían inútilmente en el vacío. Y a renglón seguido, tras encontrar milagrosamente la puerta y el gran cerrojo de madera, me alejé a toda prisa de aquel ser de vidriosos ojos que habitaba en la oscuridad y de los horribles acordes de aquel maldito violín cuya furia incluso aumentó tras mi precipitada salida de aquella estancia. Salté, conservé el equilibrio, descendí volando las interminables escaleras de aquella tenebrosa casa; me lancé a correr sin rumbo fijo por la angosta, empinada y antigua calle de escalones y desvencijadas casas. Como una exhalación descendí las escaleras y salté por encima del adoquinado pavimento, hasta llegar a las calles de la parte baja y al hediondo y encajonado río; resollando, crucé el gran puente oscuro que conduce a las amplias y saludables calles y bulevares que todos conocemos... todas ellas son terribles impresiones que me acompa-

## LA MÚSICA DE ERICH ZANN

ñarán donde quiera que vaya. Aquella noche, recuerdo, no había viento ni brillaba la luna, y todas las luces de la ciudad resplandecían.

A pesar de mis afanosas pesquisas e indagaciones, no he vuelto a localizar la Rue d'Auseil. Pero no puedo decir que lo sienta demasiado, ya sea por todo esto o por la pérdida en insondables abismos de aquellas hojas con apretada letra que únicamente la música de Erich Zann podría haber explicado.





[www.goldenbookhotels.it](http://www.goldenbookhotels.it)



© 2015 NIKE EDIZIONI

All rights reserved.  
No part of this eBook may be reproduced.